

### SUMARIO

El poema de la lumbre, por Alfonso Perez Nieva.—Gastronomía: El cocinero, por José Rivero.—Nuevo teatro crítico, por Clarín.—Cantos de la vendimia, por Salvador Rueda.—El guarda aguja, por José del Castillo y Soriano.—Los andamios de 1778 por Hilario Peñasco.—Desde el boulevard, por Ricardo Blasco.—Carta semanal de Londres, por B. de Oya.—Mosaico madrileño, por M. Ossorio y Bernard.—Libros nuevos.

### EL POEMA DE LA LUMBRE

#### LO QUE DICE EL VIENTO

¡Húm... húm!... ¡Qué ganas siento de soplar por el cañón de la chimenea, aunque me manche de hollín!... Esos diantres de picos de la sierra tienen tanta nieve que al pasar por ellos se queda uno helado... ¡Hola brass!... ¡Buenas noches! ¡Cómo!... ¿Y estás así, sin alzar llama, cual si fueras carbones de tres al cuarto, sin alegrar la habitación con el resplandor vivísimo de vuestros troncos?... ¡Ea!... ahí va mi soplo... ¡Húm... húm!... ¡Bravo! Mis besos de aire os han servido... Ya os lame el dorso una sarca de lenguas de fuego...

¡Qué bien se halla uno aquí, en esta atmósfera ardiente!... ahora que ya os he animado con mis ráfagas, vosotros con vuestro chisporroteo y yo con mis gemidos entonemos el dúo del viento y la leña, el dúo melancólico que es el poema de las noches de invierno, y vosotros recibiendo mis ósculos de brisa y yo vuestros abrazos de llama, dejemos pasar las horas, oyendo el reló del gabinete, el botar de la ventisca en los cristales, y el gorgojo de pájaro de ese niño rubio que salta desde las rodillas de su madre al suelo para arrojarnos periódicos y encender más nuestra hoguera... ¡Húm... húm!... ¡viva la lumbre!

#### LA VOZ DE LA LEÑA DE LA CHIMENEA

Chiquirriquirri... Hace cuatro meses nos erguimos en el bosque llenos de bellotas y de nidos, con todas nuestras hojas y nuestros pájaros, bañados por el sol. ¡Qué ajenos estábamos entonces que tan pronto caeríamos descuartizados por el hacha... Dentro de una hora, convertidos en áscuas bajaremos al brasero de la portería y mañana solo quedará de nosotros un montón de ceniza, nada...

Nosotros, los troncos, somos el fiel aliado del hogar, el amigo del hombre; y sacrificándonos por su bienestar, nos pasamos el invierno batiéndonos con el frío y persiguiéndonos rincón por rincón, deteniendo la escarcha en las vidrieras, prestando alientos al termómetro para que suba... Chiquirriquirri... Ya empieza a roernos el fuego las entrañas... Uno tras otro se van abriendo en nuestra corteza cien ojos brillantes... Comienza la danza de las chispas... Ahora sigue el baile de las llamas... ¡Ah!... ¿qué vale junto a la leña el sombrío carbon vegetal, próstico y mal intencionado, y el quisquilloso cok, no menos vulgar y dañino?... ¡Nosotros, los troncos, no damos nunca tufo, y nuestros pardos pedazos de encina, jugosos y frescos, coronados de un penacho de fuego azul, son la poesía de la estación de la nieve!...

#### EL MONOLOGO DEL BRASERO

Yo constituyo la dicha de la clase media humilde; no caliente lujosos hogares ni dorados muebles... ni cortinajes de terciopelo; pero en cambio presto tibia temperatura a la camilla entapetada, donde las familias modestas se reúnen por la noche a jugar al julepe; yo simbolizo la felicidad tranquila, apacible, sin nubes; me sé de memoria todos los pies de los contentillos de mis amos, desde el zapatito menudo, de pompon, de la jovencita de casa, hasta las zapatillas de orillo de la abuela; y las firmas que me dejo echar para encenderme forman la ventura del abuelo que vive pendiente de la badila...

Mi honrado cisco de tahona, bien pasadito en la ventana de la cocina, amontonado entre ceniza, es la vida para el pobre empleado de seis mil reales, que no puede estirar mucho la paga; para el modesto zapatero de portal, a quien se le hielan las manos; para las miserables oficiales del obrador de modistas, que tienen que mantener los dedos ágiles; para cuantos se ganan la existencia gota por gota de sudor... Mi vasija de mayor lustre es la copa dorada a fuego, erguida en medio de la sala; pero el recipiente que me alberga por lo general es el modesto de cobre con alambra; mi representación mínima es la desamarrada cen-

zuela de barro, donde reposan dos ó tres áscuas... Represento, pues, el pueblo, la clase huérfana, la escasez; soy un aliado de las lágrimas...

#### EL SOLILOQUIO DEL FOGON CAMPESINO

¡Ea! Ande la fogata, arda esa media encina que suda por todos sus poros; empiece el concierto de crujidos de la gavilla de sarmientos y de la retama, y suban las llamas hasta la campana de la chimenea... Ande la lumbre y júntense en torno mio las muchachas á coser, las viejas á hilar, los mozos á componer los aperos y el anciano á contar esas leyendas de princesas enamoradas, de caballeros salvadores y de castillos encantados que acontecieron en tiempos del rey que rabió... Yo soy la poesía bucólica, la dulce personificación de la paz del campo, la calma del retirado lugarejo, la soledad, el reposo...

La campana del reloj de la iglesia da diez badajazos... yo me he convertido en brasas... los mozos dejan los aperos, las chicas sneltan su labor, el anciano enmudece, la abuela apaga de un soplo el candil colgado de la chimenea, se oye un «buenas noches» general, y todo el mundo se va á dormir; únicamente yo permanezco en vela, recogida, sin alzar llama, consumiéndome lentamente y manteniendo en la desierta cocina un calorillo suave, de rescoldo, que durará hasta que invada la habitación el frío glacial del amanecer...

#### LO QUE CHARLA EL CHOUBESKY

¡Paso á la ciancia!... ¡A un lado vejesterios y ranciedades!... Yo soy el símbolo de lo moderno; en mis entrañas no se quema el humilde carbon de encina ni el antiguo tronco de leña, sino que arde el potente cok, alma y vida de la industria... Ríome yo de la dulce poesía del brasero, de la hermosura de las llamas de la chimenea, donde esté la pupila roja del ventanillo de mi tubo que deja ver por su alveolo, un cráter de volcán en ebullición... Soy cilíndrico, derecho, esbelto, gallardo, adornado con relieves de bronce, dotado de mangos de marfil; mi porte de banquero no consiente los tabucos de la clase media, y yo habito siempre entre cortinajes de terciopelo, entre muebles dorados, sobre alfombras, rodeado de opulencia y de lujo... Sólo soy compatible con la riqueza; mi terreno es el gran mundo, y si las estufas de calefacción se vistieran como las personas, mi cuerpo de acero no se pondría otra prenda que el frac...

#### CORO DE FUEGO

Los caloríferos del Real. Nosotros los que sustituimos al gaban de pieles dentro del teatro, obligándole á quedarse en la guardaropa, somos tan necesarios como el tenor y la tiple; sin ellos no hay ópera, pero sin nosotros tampoco; somos el fuego del arte.

El brasero del cuerpo de guardia. Yo soy la lumbre cuartelera, despreocupada, de mogollón; me encendieron entre dos soldados ondeando una manta; conmigo no se gastan finuras de ceniza ni badilicos ni firmas; un enorme montón de cisco, un brasero de hierro viejo y una pestilencia de tufo que no sé como hay quien me aguante; ese soy yo...

La cazolita de la guardilla. Cuatro carboncitos que brillan y engañan con su resplandor y que apenas calientan, para resistir toda una eterna noche de invierno, para defender el misero tabuco cubierto sobre el tejado de la escarcha implacable y del frío sutil que se cuele por las rendijas de las ventanas. ¡Qué triste es el fuego de la pobreza!...

La estufa de un enfermo. Soy el dolor, la vigilia, la compañera del sufrimiento, el testigo de esas horas en vela que no se acaban nunca...

La chimenea de un recién nacido. Soy la alegría, la esperanza, ardo que me las pelo para prestar mi calor al nuevo ser, que tiritaba de frío...

Todas las lumbres del universo. ¡Somos la vida!...

ALFONSO PEREZ NIEVA.

### GASTRONOMÍA

#### EL COCINERO

Todo el mundo sabe que á Cadmus debemos la enseñanza de la escritura, y que dicho personaje fué cocinero del rey de Sidon, lo cual prueba que las ocupaciones culinarias se coligan perfectamente bien con las preocupacio-

nes científicas y las operaciones tipográficas. En los anales de Saint-Denis se lee que Tibaldo de Montmorency, caballero de la orden y señor de Bocus, había sido jefe de cocina ó primer cocinero del rey Felipe de Valois, deduciéndose de todo esto seguramente que la profesión de cocinero no tiene nada de incompatible con la nobleza de origen, ni tampoco con los hábitos caballerescos. Además existe una sentencia del Consejo Supremo en el reinado de Luis XI por la cual se mantuvo en su nobleza y en todos los privilegios de ella á un antiguo cocinero de madama de Beaujeu llamado Cyrano de Bartas, porque el dicho cargo de cocinero jamás había hecho ni debido hacer perder su rango de caballero al que era procedente de casa noble.

También pudieran citarse muchos servicios de cocina recompensados noblemente por príncipes franceses. El célebre Montesquieu descendía de Robin Secondar, cocinero del condestable de Borbon, que fué ennoblecido por este príncipe. Juana de Albret concedió cartas de nobleza, en 1669, á Carlos Duguet, su cocinero jubilado. Enrique IV ennoblecía á Nicolás Fouquet, señor de la Varenne, primer cocinero de la reina Margarita, por servicios prestados en el ejercicio de dicho oficio. Había tenido la habilidad de adquirir 70000 escudos de renta (próximamente 40000 duros); pero decía la buena reina Margarita que había ganado más siendo el galeoto de su marido, por llevar á su destino los billetes amorosos de éste, que preparando en la cocina los pollos que se servían en la mesa.

En el día ya no se sigue el antiguo sistema: en alguna de las grandes casas se encuentra dividido el trabajo de la cocina entre cuatro individualidades principales, á saber: el jefe ó cocinero, propiamente dicho; el ayudante para las entradas, que no se ocupa más que de las hornillas; el encargado de los asados, que cuida exclusivamente del asador, y el pasteleiro, que sólo trabaja para el horno; pero en las siete octavas partes de las otras casas se necesita que el cocinero sea al mismo tiempo el que prepare y haga los asados y la pastelería, sin tener por adjunto más que un ayudante de cocina y un mozo de oficio que puedan suplirlo ó reemplazarlo en sus trabajos.

De este estado de cosas resulta que un hidalgo que se dedique á ser cocinero debe hacer, para conseguirlo con éxito, estudios con poca diferencia tan variados como los de un alumno de la Escuela politecnica.

Para cualquiera que esté en posesión de los primeros elementos teóricos de estas tres artes liberales (es decir, las operaciones del horno, el asador y la pastelería), de las que una sola es suficiente para absorber el talento de un hombre, está probado que para los tiempos en que vivimos no se podría llegar á ser un buen cocinero sin ser igualmente químico, botánico, físico, dibujante y geómetra. Es necesario poseer, además, un olfato sutil, un gusto muy fino, una vista penetrante y el tacto muy ejercitado, porque de no poseer estas cualidades, á cada momento podría uno equivocarse sobre la madurez de las viandas, la sazón de los guisados; sobre el punto del asado, el cocimiento de los alimentos, y sobre el estado de la pasta. Importa mucho, por lo tanto, que un cocinero esté provisto de una extremada delicadeza en sus órganos.

Nada son ni de nada sirven estas cualidades físicas si el cocinero carece de las morales que su estado exige: la actividad, la limpieza, el preciso golpe de vista, el ánimo tranquilo y sosegado, y el observar con profundidad la marcha de las operaciones. Si á éstas se agregan la sobriedad, la vigilancia y firmeza, y la moderación y paciencia, hé aquí lo que debe encontrarse en un cocinero verdaderamente digno de este nombre y lo que supone un excelente natural con una ciencia imperturbable.

No hemos hablado expresamente acerca de la probidad, porque los cocineros, además de no rebajarse nunca, no son ellos, sino comunmente los mayordomos, los que hacen las provisiones de la cocina y del oficio.

Seríamente diremos á propósito de un buen cocinero que el arte que ejercita exige conocimientos tan extensos y variados, que no pueden encontrarse en el mismo grado en ciertas profesiones que la preocupación vulgar ha colocado mucho más altas en la escala social.

Así, por ejemplo, la farmacia, clasificada entre las profesiones más sa-

bias, no exige, ni con mucho, los conocimientos tan extensos que son indispensables para la preparación de las sustancias alimenticias.

El boticario y el cocinero deben igualmente dirigir sus operaciones por los principios de la química: ambos deben haber estudiado y deben conocer bien las propiedades de una multitud de sustancias; pero el farmacéutico no obra generalmente sino sobre drogas simples, y todavía por vía de una mezcla sencilla, además de venderse el comercio enteramente preparadas y compuestas.

El cocinero lo hace todo por sí mismo. Solamente el inglés tiene su cocina surtida de ketchup, salibat, soy, harvey sauce y otras preparaciones oficiales. En las cocinas á la francesa todas las preparaciones son magistrales, y la inteligencia del artista es la que las elabora en el preciso momento en que se necesitan.

Si la primera parte de las recetas del médico se dirige á la farmacia, la segunda es para la cocina, con la notable diferencia que el modo de ejecutar está prescrito siempre al farmacéutico, mientras que se limita á designar la preparación que se pide al cocinero, confiando en su inteligencia sobre la manera de operar, y muchas veces en lo que es más importante: sobre la elección de las sustancias.

Si el farmacéutico debe notar y reparar los errores, las incompatibilidades químicas y las recetas mortíferas que puedan escaparse á ilustres doctores, el cocinero debe saber evitar, ó por lo menos eludir, las asociaciones, incoherentes y las prescripciones absurdas que le sean indicadas por un ignorante, amo ó criado.

El farmacéutico saca de sus botes, peso, tritura y mezcla. ¡Dichoso el enfermo si la droga indicada por la etiqueta es exactamente la que llena el bote! El farmacéutico no la prueba, la juzga sólo por la vista; pero como muchas drogas tienen la misma apariencia, si se equivoca, y la equivocación produce un desgraciado desenlace, se echa la culpa á la enfermedad.

Si la superioridad del arte de la cocina sobre la farmacia pudiera ponerse en duda, una prueba extremadamente fácil de hacer la podría muy pronto desvanecer. No se trataría más que de colocar un cocinero y un farmacéutico, ambos igualmente distinguidos, el primero en una farmacia y el segundo en una cocina, y al momento se vería que el cocinero, ayudado por el formulario, confeccionaría mejor una masa de píldoras ó un electuario, que el segundo haciendo las cremas espumosas, ó las chochas sopladas ó esponjadas, que se hacen en el hornillo portátil, según las indicaciones de Careme y Beauvillier que están tan claras como el día.

JOSÉ RIVERO.

### NUEVO TEATRO CRÍTICO

La señora Pardo Bazan advierte en el primer artículo de su revista *Nuevo teatro crítico* que para hablar de los libros que merezcan atención, no esperará á que se los regalen. Sigo yo tan desinteresado ejemplo, y hablo del opúsculo de doña Emilia, sin esperar á que ella ó el editor me lo regalen, como solía acontecer. Pero ya que trato de buenas costumbres en materia de relaciones económico-literarias, me permitiré observar que tampoco sería malo que los autores prescindieran, al regalar sus obras á los críticos, ó al no regalárselas, de la consideración interesada de que se las alaben ó no. Digo esto aquí, porque *in illo tempore*, cuando doña Emilia me escribía un día sí y otro no, y me llamaba su *hermano mayor* (aunque soy algo más joven) y yo le ponía prólogo á los libros y la buscaba editor para ellos (La cuestión palpitante) y... la trataba, para animarla con excesiva benevolencia, doña Emilia me regalaba sus obras acompañadas de sendas dedicatorias cariñosas y encomiásticas; pasó el tiempo, se creció la escritora gallega, empecé yo á pesar con más justicia el mérito de sus escritos y ella siguió enviándome sus libros, pero con dedicatorias menos expresivas; pasó más tiempo, publicó la Pardo Bazan novelas que me parecieron medianas, así lo dije, y doña Emilia continuó enviándome sus libros... pero sin dedicatoria; pasó más tiempo, tuve que decir á mi ilustrado amigo algunas verdades amargas... y doña Emilia dejó de enviarme sus obras; pero permitió ó mandó que me las remitiese el editor, y por último, después de algunas enchufetas mías y de ciertos reparos á su modo de entender las palabras... y las ideas... la

señora Pardo Bazan cortó por lo sano, y ahora ni ella ni el editor me envían libros de esta eruditísima señora. No me parece bien el procedimiento. Opino que debemos regalarnos mutuamente nuestros libros los que nos dedicamos á escribirlos y á juzgar los ajenos, sin reparar en la opinión favorable ó desfavorable de nuestros colegas.

No me quejo porque doña Emilia me haga objeto de graciosas pretericiones y hasta de alegorías y símbolos que solo ella y yo entendemos; ni me enfado porque diga que aquí no hay quien escriba de *actualidades* literarias más que rifirrafas sañudos ó divagaciones jocosas; pero esa especie de *bloqueo bibliográfico* me molesta porque me perjudica, toda vez que, siendo casi siempre importantes las obras de doña Emilia, si ella no me las regala no hay más remedio que comprarlas.

\*\*\*

Mi amigo y compañero el muy discreto literato Mariano de Cavia, ha escrito, con motivo del *Nuevo teatro crítico*, uno de sus mejores artículos, que no es decir poco; y aunque estoy conforme en casi todo con los argumentos del redactor de *El Liberal* respecto á la poca oportunidad del intento de la escritora gallega, declaro que, sea lo que quiera de la forma, puede resultar muy provechosa para las letras la asidua colaboración de la señora Pardo Bazan en la tarea crítica de las *actualidades*... presentes (porque ya sabrá doña Emilia que también lo pasado es *actualidad*); y en efecto, del primer número del *Nuevo teatro* se pueden sacar pruebas en pro de la utilidad de los trabajos críticos de esta escritora y en contra de su empecatada idea de escribir una revista ella sola, y una revista poligráfica, y á la manera antigua, á lo Feijoo, á la Addison, según la autora.

Un amigo mio, que tiene muy mala lengua, y acaso peores entrañas, J. R., literato que apenas *ejerce*, me decía—lo que intenta ahora la Pardo es... hacer el *Robinson* en el continente; en mitad de la Puerta del Sol; y es también como fundar un gran bazar... con un solo mancebo para la venta.

Algo hay de todo eso; la revista de doña Emilia tiene que parecerse, y se parece ya en el primer número, á esas colecciones de los *museos industriales*, donde se muestran resumidas en un cuadrito todas las manipulaciones que pasan las materias primeras de una industria hasta llegar al producto tal como ha de ser entregado al consumo.

Y, lo que es peor, el *Nuevo teatro*, que es todo un reto á la ley ineludible de la división del trabajo, nos recuerda el poco estético espectáculo de esas tiendas heteroditas y heterogéneas, que se ven en las aldeas más atrasadas, donde se vende el bacalao junto á las velas de sebo, las escobas, las alpargatas, los clavos, las madejas de seda y los huevos frescos. Una revista así es barato de féria, caja de buhonero, algo á propósito para publicado en una colonia con motivo de estrenar una imprenta con admiración de los indígenas y comenzar á difundir *las luces*.—La revista de doña Emilia recuerda otra porción de tópicos que hacen al caso, v. gr. las monteras de Sanchea, para cada dedo, y la manoseada sentencia: *pluribus intentus minor est ad singula sensus*, y hasta la fábula de Triarte, en que el autor opone la del quitasol que en invierno es paraguas.

No sólo es breve la vida comparada con el arte, sino que la revista que puede escribir en un mes una señora que tiene otras muchas cosas que hacer, ha de ser muy breve, comparada con la multitud de asuntos que merecen ocupar su atención. En el primer número del *Nuevo teatro* se vé esta estrechez del molde, que resulta incómodo y hasta algo cursi, como la ropa muy ceñida... en los hombres.

El artículo que doña Emilia dedica al drama de Echegaray *Siempre en ridículo* es muy bueno en algún aspecto, como se verá luego; pero nos deja á media miel, y es deficiente como exámen y crítica del drama. ¿Por qué? Por culpa de los límites estrechos, del poco tiempo y del poco espacio. Y ¿qué decir de la bibliografía? De tanto y tanto como se escribe en el extranjero en un mes, doña Emilia no encuentra digno de figurar en su «Bibliografía extranjera», más que un libro alemán titulado *Fin de siècle*, colección de novelitas, la mejor de las cuales es una que, según doña Emilia, y salvo error, se llama «Der treue Adèle (?)»; ¿Es esto serio? Cualquiera que lea revistas verdaderas de Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, etc., podrá

citara a doña Emilia docenas de libros más importantes que ese que está exclusivamente publicado en el mismo mes. Para engañarse a sí misma, doña Emilia dice que al cabo del año se publicarán en España ó en el extranjero, diez ó doce libros de indiscutible mérito. Aunque á primera vista parece que quiere decir que esos doce libros se publican en España ó en el extranjero, bien se entiende que doña Emilia no quiere decir lo que efectivamente dice, pero aun entendiéndolo bien, y repartiendo esos diez libros entre el extranjero y España... resultan muy pocos, aun dejándola á la patria la pequesísima parte que puede tocarle. Pongámos que en España no se publica al cabo del año más que un libro que merezca la atención de doña Emilia: en el resto del mundo civilizado ¿no saldrán en doce meses más que once ó nueve obras notables? ¡Por Dios, señora!

♦♦

Doña Emilia Pardo Bazan, que quiere hacer ella sola una revista, dice que imita á Feijoo y al inglés Addison entre otros; pero no es rigurosamente exacto. El *Teatro crítico* del ilustre benedictino en nada se parece á una revista moderna, no tiene pretensiones poligráficas en el sentido de abarcar distintos géneros literarios, sino en el de tratar, siempre dentro del mismo género, diferentes materias y éstas no tan variadas como las que anuncia doña Emilia. Esta ofrece hablar aparte de política, de crítica literaria y otra porción de asuntos; y amen de esto, darnos cuentos y otras golosinas de su invención. El parecido con *El Espectador* de Addison tampoco se me antoja muy exacto; ni el famoso trabajo literario del inglés es rigurosamente tal como lo describe Montalvo, á quien la Pardo Bazan copia. Primariamente, *El Espectador* no era precursor del periodismo, sino verdadero periódico, y Addison no lo fundó, ni la idea empezaba entonces á ponerse en práctica; Steele, amigo de Addison, fundó en 1709 *The tatter*, el *Charlatan*, como si dijéramos, que aparecía tres veces á la semana y contenía noticias, anuncios y un artículo de moral, política ó literatura; en esta *hoja* colaboró ya Addison, y después fué creado *El Espectador* en 1711, y en este nuevo periódico Steele fingió que la redacción era debida á todo un club con *El Espectador* por secretario. Entre los personajes inventados por Steele para esta ficción figura el famoso Roger de Coverly, en el cual H. Taine ve un embion de la novela moderna. Roger de Coverly, el caballero alemano, fué convertido por Addison en un tipo fijo, correctamente dibujado. Lo más y lo principal de *El Espectador* es del autor de la *Vision de Mirza*, pero no todo. En 1712 cesó la publicación de este periódico y el mismo Steele intentó otra campaña en *El Guardian*, que fué de peor éxito, á pesar de la colaboración de Addison. Como se ve, *El Espectador* del inglés no se parece ni al *Nuevo teatro crítico*, ni á *El Espectador* de Montalvo. Porque supongo que hablamos del mismo Addison, del que llama doña Emilia autor de la *Epístola á Lord Halifax* y que mejor pudiera llamarse autor de *Las cartas de Italia* dirigidas á lord Halifax, su protector.—Si en todo lo dicho ó en algo me equivoco, entiéndase doña Emilia con Taine y partienlarmente con el tan manoseado Vaperean, á quien debo muchas de estas noticias que están al alcance de todas las fortunas y de todas las erudiciones de pacotilla.

Respecto de *El Espectador* de Juan Montalvo, malogrado escritor americano, en efecto se puede considerar como un antecedente inmediato del ensayo de la Pardo Bazan. Pero es el caso que el ilustrado, original y amantísimo Montalvo tuvo, entre varios defectos, el de escribir como si escribiera para indios bravos, y como si se acabara de descubrir la imprenta. Su *Espectador*, en que hay algo agradable, es una enciclopedia inoportuna; insuficiente para el vulgo y completamente ociosa para las personas ilustradas.—Recordando que en cierta ocasión me escribió doña Emilia aconsejándome admirar á Montalvo; y recordando que no pude acceder á su deseo, aunque sí reconocer en el escritor americano ciertas cualidades de buen hablista; pero de ningún modo como verdadero pensador, ni como estilista en el sentido riguroso y propiamente artístico de la palabra. La lectura de Montalvo causa sorpresas agradables y desagradables, á la media hora fatiga, se convierte en imposible. Fijese doña Emilia y aplíquese un poco el cuento en que escribir como estilista no es celebrar *paradas* y *simulacros* con los ejércitos de palabras del diccionario... y de otras procedencias.

♦♦

Decía yo antes que la redacción del *Nuevo teatro crítico*, estando reducida á una sola pluma, la cual necesita consagrarse á otras muchas tareas, tiene que resentirse de la falta de tiempo. En efecto, se nota en algún capítulo del opúsculo de que trato, que doña Emilia ha escrito con verdadera precipitación alguna cosa. Procuraré demostrarlo. Escribe doña Emilia en la

primera página de su *Presentacion*: «No diré que faltan errores comunes, pero son de concepto mejor que de hecho.»

Primeramente, ese mejor, está en lugar de más bien y ahí no cabía tal sustitución porque resulta falta de sentido. Y ¿qué clasificación es esa de errores de concepto y errores de hecho? Los errores todos son de los que llama de *concepto* esa señora con poca propiedad también. En tiempo de Feijoo, como ahora, el error siempre tuvo que ser de la inteligencia; del *hecho* imposible. Y si la señora Pardo Bazan contesta que ella habla del error en sentido de culpa se le replicará que no hay por qué, puesto que Feijoo no se refería á culpas sino á errores en la acepción primera y directa de la palabra. Las supersticiones á que doña Emilia parece aludir con lo de *error de hecho* son errores de concepto, ni más ni menos que los errores modernos.

«No abunda tanto y no se precisa menos.» Ese *precisarse* ni lo autoriza la Academia, ni la Bazan respeta, ni tiene sentido; es del peor gusto y muy usado en los comunicados de los secretarios de ayuntamientos rurales y otros clásicos.

Supone doña Emilia que un extranjero le pregunta por la crítica española y, ella, disgustada por no poder decirle en qué autor se encontrará lo que busca, porque no lo hay, esclama: «En ninguno, habe de responderle tascando el freno.»

Por regla general, lo de tascar el freno debe dejarse para las caballerías, á no ser en caso de apuro; pero ya que un escritor se crea en la necesidad de pintarse á sí propio *tascando el freno*, en sentido traslaticio, debe procurar que la frase venga aplicada exactamente, y aquí no viene. Según la Academia, que doña Emilia respeta, tascar el freno significa figuradamente: «Resistir una sujecion que se le impone; pero sufriendola á su pesar.»—Ya se ve que no había para qué tascar nada en el caso presente.

«Usufructuan las obras teatrales las columnas de los periódicos.»

Esos tropos de pan llevar y que recuerdan el código civil, son muy poco artísticos, y ya se burlaba de ellos Flaubert. Además, aun admitiendo el terminacho de jurisprudencia lóbrega, tenemos que está aplicado con gran inexactitud. No lo dude doña Emilia.

«Las obras nuevas, potenciales y fecundas.» La ilustre escritora dijo potenciales, porque *poderosas* enalqueñara lo dice; con esto creeria dar fuerza al epíteto y se lo quita porque le hace abstracto. *Potencial*, sin más, dice poco para indicar vigor; poderoso dice bastante. Fijese doña Emilia y verá que tengo razón.

«... en las aldeas, en las provincias, en el extranjero, en el continente americano, miles de lectores lo mascan y saborean.»

No aplaudo la metáfora de mascar libros; pero dejo esto para reprobear con toda energía la enumeracion que precede: «en las aldeas, en las provincias.» ¿Qué quiere decir eso? Pues qué, ¿las aldeas no son de las provincias? ¿Es una clasificación geográfica y administrativa de aldeas y provincias?—¿Y el continente americano no es también extranjero?

«... atmósfera cargada de *Mentalidad*.» *Mentalidad*! Esa palabra no la admite la Academia y creo que hace perfectamente. No hay para qué. Fijese también doña Emilia en esto.

«Los átomos luminosos van cristalizando para convertir, á la vuelta de algunos años, en *clásico* al autor vivo aún.» Metáforas é incongruencias de ese jaez ya las censuraba con mucha gracia Hermsilla... «Un orador es una pirámide de Egipto...»

«Si no para la gloria *intrínseca* de un autor para la cultura y adelantamiento de la generacion que le rodea, y por modo insensible influye en él, es muy *conducente* (?) la existencia de una crítica...» Bastaba la gloria sin el *intrínseca*, epíteto que no está usado con propiedad tampoco.

«Ahora diré con frase *cervantesca*...» y copia doña Emilia un pasaje del Quijote. Pero hombre, digo, señora, ¿no sería más sencillo escribir, diré con Cervantes? El estilo de Cervantes y el estilo que le imita bien son cervantescos, las frases sueltas de Cervantes, y las que se las toman se llaman cervantescas; pero llamar frase *cervantesca* á un pedazo del Quijote me parece ganancia de *añetivar*.

Y basta de tan enojosa tarea. Nada de lo dicho supone que yo tenga á la señora Pardo Bazan por menos que excelente hablista; pero prueba todo ello á mi entender que ha escrito muy deprisa parte de su periódico. Y esto era lo que me proponía demostrar.

♦♦

Por lo demás, da alegría ver á un crítico de veras, á una inteligencia tan clara, servida por una sólida instrucción, trabajando como nosotros los infelices picapedreros del periodismo literario, en la sextaferia que abre los caminos vecinales por donde va andando poco á poco la atrasadísima cultura española. Son beneméritos de las letras, escritores insignes, que como Valera á veces, y Emilia Pardo Bazan ahora, atienden al movimiento diario del arte y consagran facultades e maestro á lo que suelen desdeñar

los escritores de alto coturno, y que es sin embargo, la materia de que se ha de ir haciendo la historia literaria que se escriba mañana.

El artículo que la escritora insigne dedica á Echegaray merece grandes elogios. En pocas palabras explica por qué el autor del *Gran galeoto* es acreedor á singular admiracion y respeto, siendo como es, á pesar de todos sus defectos, el único sosten de la escena española en los tristes días que alcanzamos. Echegaray, piensa doña Emilia con gran perspicacia, no es un *corruptor* como pretende Cañete, ni nos trae influencias extranjeras; es un romántico más, romántico castizo, pese á ciertas apariencias...

En resumen, yo aconsejo á la señora Pardo Bazan que continúe escribiendo crítica de nuestra actualidad en la forma en que ahora lo hace ó en otra. Mejor en otra; pero sin falta.

CLARIN

## CANTOS DE LA VENDIMIA

### LA CLUECA

Todo en la siesta se rinde al sueño menos las mozas en los paseros;

menos las mozas y los polluelos que de la clueca forman cortejo.

De los tejados por los aleros, de los chocines bajo los techos,

entre las uvas de claro seno, y por las pasas y los fruteros,

la avispa, el tábano, la mosca, el terco sutil mosquito de leve cuerpo,

todo lo llenan de varios ecos, de alas vibrantes y alborreos.

Quieto el canario mira suspenso del campo verde la luz y el fuego.

La vid compone con sus sarmientos mustia corona de rostro ébrio.

Las madre-selvas mecen sus flecos caheceando de dulce sueño.

De las paredes en los extremos las lácias rosas se dan los pétalos.

Cansancio líbrico bate los pechos, el campo duerme, todo es silencio:

solo la clueca levanta un eco llamando á veces á sus polluelos.

♦♦

La olla que hierve con ritmo lento, lanza á la vida su canto eterno.

El perro enarca su lomo crespo, y al lobo imita su desprezo.

Por la ventana se ve á lo lejos la tralla lenta de los barqueros;

todos encorvan el torso recio, y tiran, tiran del copo inmenso.

De entre las olas, de tiempo en tiempo, salieron átomos conduce el viento.

Siguiendo el rumbo del manijero van las cuadrillas á los paseros;

y cuando pasan van esparciendo vigor robusto y olor de cuerpos.

La siesta aviva su fisco incendio, y entra en los ojos el blando sueño.

Las ramas tristes penden cual velos, el campo duerme, todo es silencio;

solo la clueca levanta un eco llamando á veces á sus polluelos.

### LOS HILOS DE ARAÑA

Sus tejidos telares tienden las arañas desde las chumberas á las cornicabras. En la red brillante de hebras plateadas

las moscas ceardan cautivas sus alas, y el vampiro horrendo que su cuello clava de la sangre chupa hasta verla exhausta. El nidal de nieve que los hilos atan, el capullo enseña del ovario estancia; millares germinan en su tela blanca de arañas que prontas tejerán su randa. Los niños recojen las fofas crisálidas rompiendo el tejido con paños y cañas, y abren el capullo que el misterio guarda y un tropel se agita de breves arañas. En la pista de oro ocupan su malla las sietas abiertas, colgando la panza, columpio á su cuerpo haciendo las zancas y abiertos los ojos que vivos irradian. Del insecto leve que su nota lanza miran si la trompa se enreda en la gasa, y cuando los vientos á las hebras ata corren por el lienzo á coger la caza. En los hilos ténues la luz se derrama y engendra matices y líneas doradas, destellos pajizos por púrpura cambia, por blancos carmines y verdes por grana. En su tela agrupa la flotante amaca los bellos colores del vívido nácar; y si el toldo tiembla, la luz por él pasa rubí, perla y oro, azul, rosa y ámbar.

SALVADOR RUEDA.

## EL GUARDA AGUJA

También tiene la civilizacion sus esclavos. A las servidumbres de la tiranía han sucedido las servidumbres de la libertad.

Quien lo dude, no ha conocido, seguramente, á Juan el guarda aguja. Pegado siempre á la vía, formando parte integrante de ella, más parecia un instrumento mecánico que un hombre. En la edad de hierro hubiera sido siervo de la gleba, en la edad del vapor era siervo del rail.

No conocia más mundo que el pequeño espacio que abarcaba su vista. Dos altos y desiguales muros de granito: bajo sus pies un pedazo de tierra largo y estrecho, surcado de nervios de acero, que salía de un subterráneo para ocultarse en otro como si fuera presa que se disputaran las negras y cercanas bocas de los túneles, y sobre su cabeza un jiron de cielo, al cual se asomaban caritativos el sol y las estrellas, el rayo de la luna y el rayo de la tempestad rompiendo la monotonía de aquella bóveda sepulcral.

En los tiempos legendarios hubiérase creído que una turba de monstruos, cayendo desde la altura, habia abierto aquel camino á fuerza de dentelladas en la roca viva.

Sobre montículo de arena, donde los pies se hundían al andar, alzabase una caseta de madera propósito para servir con desahogo de nocturna vivienda á un perro de ganado, especie de garita pintada de negro, más ancha en su base que en su remate, que desde lejos hubiese podido pasar por un ataúd en posición vertical. Allí vivia Juan como vive el desnudo tronco del árbol en el árido rincón de la sierra.

Nadie se acordaba de él, ni él se acordaba de nadie. Brusco y salvaje, fiel á sus deberes, sin pensar en el porvenir ni recordar un pasado que era igual al presente; comprimidos su pensamiento y su respiracion por aquellos inmensos murellones que servian de valla insuperable al camino, ejercitaba el mayor de los heroísmos; ese que se desarrolla en el secreto impenetrable de una existencia oscura sin recibir halagos de la suerte ni solicitar aplausos mundanos: que nace del fondo de un alma desgraciada y sabe succumbir sin molestar á los poderosos con sus quejas ni excitar la compasion con sus gritos.

Atento siempre al más leve rumor, velando mientras los demás dormían, arrojado por la civilizacion sobre una roca, pagaba los rigores de la suerte sirviendo de vigia y de amparo á los caminantes que en alas del vapor se deslizaban frenéticos por el espacio sin más punto de union con la tierra que dos cintas de acero que en caprichosos giros se ocultaban en el vientre de los montes, ondeaban sobre empinada cumbre ó se retorcian juguetonas y atrevidas al borde del abismo ó sobre las aguas del río.

Apenas sonaba el lejano silbido de la locomotora, corría Juan á su puesto y los trenes pasaban por delante de él despidiendo chispas de fuego y ensordeciendo los aires con su retumbar de trueno, sin dejarle tiempo ni ocasion para apreciar los detalles de aquel conjunto diabólico que ofuscaba su vista, y al salir de un túnel para entrar en otro, lanzaba infernales resoplidos como para cobrar fuerzas al aire libre en aquel respiradero y continuar después su camino subterráneo.

Cuidaba las agujas con tanto esmero como un padre á sus hijos y al oprimir la palanca le parecia que estrechaba una mano amiga. Cuando una leve presión no bastaba para que las agujas, desviándose de su posición normal, hiciesen cambiar de vía á los trenes, era de ver al buen Juan riñendo á sus servidoras con una energía y una altivez dignas de un jefe de estación de primera clase.

Rendido por el sueño en calurosas noches de verano, se echaba junto á la vía con el oído puesto sobre el rail para que las lejanas vibraciones del tren le despertaran. ¡Cuántos, con menos fortuna que él, pasaron á dormir así el último sueño! La dentada cuchilla del tren segó su cuello de igual modo que el hacha del señor feudal segaba la vida de sus vasallos sobre el tajo.

Veía pasar un año con la misma tranquilidad que un tren, y siempre encontraban los años y los trenes al guarda aguja de los túneles quieto en su puesto con los cabellos grises, los ojos verdinegros, el rostro curtido, el pantalón oscuro, la blusa azul y la gorra de galon encarnado, compañera inseparable de una cabeza que no apreciaba nunca la diferencia que existía entre las lluvias de enero y el sol de agosto.

Lo único que variaba en el guarda aguja era el objeto destinado á lucir en su mano al paso del tren. Lo de menos era su persona; lo de más la bandera ó el farol á los cuales servía de sustentáculo.

Cuando la bandera estaba arrollada, el tren pasaba desdeñoso y confiado sin temor ni zozobra: la vía estaba libre. Si la bandera desplegada al aire era verde, el tren refrenaba su marcha y seguía avanzando con recelo al ver que se le hacia una señal de precaucion. Si era roja, se detenía amedrentado ante la ráfaga de sangre que se agitaba á su vista anunciando la proximidad de un peligro.

El alma apasionada que volaba en pos de los objetos de su amor, el cuerpo enfermo que corría tras la salud, el positivismo buscando más ancha esfera á sus goces materiales, el espíritu siempre en lucha con las miserias de la realidad, la fortuna del comerciante, los ideales del artista, las teorías del sabio, todo se encontraba pendiente breves instantes de la mano callosa y fuerte del oscuro guarda aguja. Una pequeña contraccion de aquellos músculos obedientes y mansos, habiéndole bastado para trocar en polvo tantos tesoros, tantas ilusiones, tantas grandezas que cruzaban el mundo sin dejar más huella de su paso que una pasajera estela de humo en el horizonte.

La importancia de Juan, era, sin embargo, desconocida en absoluto por todos los que participaban de sus beneficios. Nunca mayor desden fué soportado con más abnegacion. Y al ver aquellos cíclopes de ojo encarnado salir de una oscura caverna para entrar en otra y pasar y reparar por delante de su caseta, no se le ocurría exclamar: «¡Ah, corred... volad! para que tanto os movais, es preciso que yo permanezca siempre inmóvil.»

Si veis nuevos horizontes es á cambio de que yo no conozca más espacio que este sepulcro. Vosotros sois la libertad; yo soy el orden. ¿De qué serviría que el rojo apasionado en un alambre mordiera y deletreara sumiso la palabra humana, ni que el vapor arrastrase pesados trenes y férreas máquinas, empujándolos á su capricho por todos los ámbitos de la tierra, de igual manera que el espíritu mueve á su antojo la materia humana en los sublimes esfuerzos de la voluntad, si yo no hiciera fecunda su potencia manteniéndola siempre en el buen camino? Una ligera contraccion de mi mano bastaria para trocar los férreos instrumentos de la vida moderna en ciegos y terribles auxiliares de destruccion y muerte.

Seguid vuestro camino sin fijaros en mí; no os detengais, cruzad confiados, yo velo por vosotros; nada temeis que temer, el esclavo más humilde de la civilizacion no faltará jamás en su puesto.

Pero Juan era guarda aguja de nacimiento y no se le podia ocurrir nada de esto, ni realmente era necesario. Bastaba que supiese atender á la custodia conservacion y manejo de las agujas, y nada más.

Una noche, despues de haberse alejado un tren rápido que se detuvo breves instantes por un accidente imprevisto, al dirigirse Juan á su caseta tropezó con un bulto. Junto á la vía, mal rebujado en elegante chal, se encontraba un niño recién nacido.

Aprovechando, sin duda, la parada del tren, una bella fiera, de esas que arrastran seda y encajes sobre alfombras de terciopelo, habia consentido en cometer el horrible crimen de abandonar al hijo de sus entrañas quizá invocando exigencias de una hora cien veces pregonada y subastada en las salas espléndidas del mundo elegante.

Juan llevó al niño á la casa y, experimentando extrañas y desconocidas sensaciones, se le ocurrió por primera vez en su vida la idea de que podria dormirse mejor sobre un banco que sobre una piedra, y aun añadió el capote, á guisa de colchon, sobre la madera para menguar la dureza del improvisado lecho.

El niño se reanimó al sentir el honrado calor de aquella humilde caseta, y lentamente fué desapareciendo de sus miembros el frío del abandono y de la noche.

Al día siguiente, el número de los seres vivientes de la caseta se aumentó con una cabra. Juan le compró al desventurado niño una madre más digna de serlo que la que le habia arrojado sobre las piedras del camino.

El niño se llamó Juanito, como su padre adoptivo; pero los pocos empleados de la línea férrea que le conocian le distinguieron con un nombre que recordaba el número del tren donde nació: le llamaban el hijo del 93.

Aquella hermosa criatura de cabellos de oro, tez sonrosada y azules ojos, fué para el alma de Juan rayo

de luz que vivifica y alumbraba. La naturaleza salvaje del guarda aguja se sintió de pronto agitada por sentimientos extraños.

El oficio mecánico, la vida material y monótona habían hecho de Juan un artefacto de corteza más dura que la de los robles; pero la mirada del pobre ángel abandonado penetró la áspera superficie y le hirió muy adentro, denunciando la existencia de un corazón que hasta entonces no había echado de menos.

Aquel hombre rudo y fuerte se tornó blando y sensible. Abierta la válvula, siempre cerrada, de su corazón, se desbordó á torrentes el sentimiento, inundando todo su sér. Ya no dormía sobre la arena ni permanecía mudo días enteros con la vista apagada y el alma dormida. Despertó del sueño brutal, y despertó con la actividad que suele producir un largo descanso.

Jamás placer más puro fué sentido con mayor intensidad que el placer de Juan al tener entre sus brazos á su hijo adoptivo.

Creció la hermosa criatura como crece la flor de los campos aprisionada en la hendidura de una piedra. La primera vez que se rió el niño fué la primera vez que lloró Juan.

Padre é hijo sentían grande y profunda aversión hácia aquellas serpientes de gruesos anillos que se arrastraban sin cesar ante sus ojos y que venían á turbar su felicidad y su reposo.

El niño gemía profundamente apenas sonaba el silbato de la locomotora, y con estremecimientos nerviosos é inarticulados gritos pedía que le alejasen de allí. El padre cumplía su obligación, bien á pesar suyo, mientras el niño daba rienda suelta á su llanto en la caseta. Apenas pasaba el tren, pasaba el dolor: con el tren se iba y con el tren volvía.

Una tarde jugaba el niño delante de la caseta, saltando sobre los rails como saltan los pajarillos en las ramas de los árboles.

El grito ahogado de un tren sonó en las entrañas de los montes: el guarda aguja, llamando al niño, corrió á su puesto; pero Juanito, en vez de buscar refugio á su espanto en los brazos de su padre, se precipitó en dirección contraria, corriendo y gritando, mientras agitaba los bracitos en ademán de esperar por primera vez sin temer la llegada de la rugiente locomotora.

Gritaba el padre, reía el niño, y de repente, envuelto en humo, apareció el tren en la boca del túnel. Era el número 93. Las manos de Juan vacilaron, un temblor convulsivo puso en comunicación todos sus miembros, invadieron su corazón angustias de muerte y su cabeza oleada de fuego. El niño se había sentado sobre el camino que debía recorrer el tren. Nada más fácil para Juan que apartar al monstruo de la inocente víctima que iba á devorar y derrumbarlo por otra senda de perdición y muerte salvando al hermoso niño.

¿Cruzó este pensamiento por la mente del guarda aguja? ¿Se negaron acaso á cumplimentar aquel propósito unas manos rutinarias acostumbradas durante muchos años á ejecutar la misma maniobra á la misma hora y en idénticas circunstancias? ¡Dios lo sabe! Lo cierto es que el tren pasó como pasa la planta del hombre sobre el césped sin reparar en la florecilla que destroza y pulveriza, y que una espantosa maldición llenó los ámbitos del espacio, retumbando en las cóncavas montañas, mientras el infeliz guarda aguja recogía de la arena del camino los sangrientos despojos del único sér á quien había querido en el mundo.

En aquel terrible instante volvió á sonar en dirección contraria la voz implacable del tirano de aquellos dominios. La fuerza del deber arrastró á Juan maquinalmente á su puesto. Con los ojos llenos de lágrimas, el rostro salpicado en sangre y oprimiendo el cadáver de su hijo sobre su corazón, llegó á las agujas y, al ver acercarse la locomotora, extendió el brazo hácia el camino sosteniendo en su mano una bandera roja arrollada.

El tren de recreo pasó... pasó gozoso, despidiendo á borbotones carcajadas y cantares sin reparar en el pobre esclavo.

La vía estaba libre.

JOSÉ DEL CASTILLO Y SORIANO.

### LOS ANDAMIOS DE 1778 (\*)

Repetidas veces ha llamado la prensa la atención sobre el abandono que se observa en la colocación de andamios para la construcción ó revoco de casas en Madrid; y lo cierto es que hasta la fecha presente, poco ó nada hemos adelantado á fin de asegurar la vida del pobre operario que gana miserable jornal exponiendo de continuo su existencia y el pan de sus hijos.

El mal viene de muy antiguo. En tiempo de Carlos III dejábase sentir la necesidad de una reforma en este sentido, y el Consejo, previo exá-

men de voluminoso expediente, promulgó un edicto, que fué letra muerta como tantas otras disposiciones.

Dice así el documento:

«De orden de los señores del Consejo Real y Supremo Consejo de Castilla, comunicada á la Sala con fecha de veinticuatro de noviembre próximo pasado: Se hace saber al público, que teniendo presente el mismo Consejo ser frecuentes las muertes y otras desgracias que padecen los peones de albañiles que trabajan en las obras públicas de esta corte, dimanando en gran parte de la poca seguridad y cuidado en la formación de andamios por el descuido y ahorro con que los maestros de obras proceden en esta parte; y que resulta de aquí privarse la república de unos vecinos útiles que fallecen prontamente ó quedan lisiados de suerte que no pueden continuar su trabajo en lo sucesivo, cayendo ellos, sus mujeres é hijos en la miseria y mendicidad, requiriendo esta materia arreglo y providencias que radicalmente atajen un mal que no puede dejar de excitar la compasión de todo buen ciudadano, se ha servido resolver, entre otras cosas, que los jueces, al tiempo de exponerse los cadáveres de los que así hayan perecido en otras de cualquiera especie, además del reconocimiento judicial del cadáver, pasen prontamente á la obra donde se haya precipitado y hagan formal inspección y averiguación del hecho, tiempo y circunstancias del fracaso y de la culpa ó negligencia del maestro de la obra ó aparejador que la dirigiere, sin diferencia de obras públicas ó particulares y sin que para impedir la averiguación, castigo y resarcimiento de daños, se pueda declinar la jurisdicción ordinaria ni alegar fuero.

Que en cuanto á los maltratados ó estropeados, el señor Alcalde que asiste al Hospital general tome declaración á los de esta clase y formalice la causa por el mismo método, dando cuenta á la Sala, que procederá en el asunto con la actividad y vigilancia que se requiere: cuya resolución y responsabilidad se ha de notificar á todos los maestros de obras y aparejadores, á fin de que tengan entendida dicha responsabilidad y no aleguen ignorancia para lo sucesivo. Y siendo esta una acción popular que cualquiera puede denunciar, igualmente que la vida del muerto ó estropeado, en inteligencia de que á todos se administrará pronta justicia, para que llegue á unos y otros la citada resolución, se publica por medio de este edicto, cuyos ejemplares, autorizados por don Roque de Galdamés, escribano de Cámara y de gobierno de la Sala, se fijan en los sitios acostumbrados de esta corte.»

HILARIO PEÑASCO DE LAPUENTE.

### DESDE EL BOULEVARD

Las elecciones generales españolas presentaban dentro y fuera de nuestro país doble interés: primeramente, el natural ofrecido por la constitución de una legislatura con la cual está llamado á vivir y gobernar un gobierno de reciente formación; y en segundo lugar, el excepcional interés de ver cómo funcionaba el sufragio universal puesto en práctica por primera vez en España después de largos años de sufragio restringido, y cuando la estabilidad y el apaciguamiento políticos han reemplazado aquellas épocas de trastorno y revolución constante en que esa máquina electoral había funcionado.

La política, como en muchos casos la música, se aprecia mejor de lejos, y en este sentido ha de ser digna de interés la apreciación que sobre las elecciones españolas haga la prensa extranjera, apreciación tanto más digna de crédito, por su imparcial desinterés, cuando la hagan periódicos que, por su independencia y por sus opiniones sinceramente republicanas, han de ser poco inclinadas á la benevolencia respecto al gobierno conservador y monárquico al cual ha tocado presidir las primeras elecciones, por sufragio universal, de la Restauración.

El *Temps* de anteanoche, en un largo y bien pensado artículo, analiza con bastante exactitud é imparcialidad la manera como se han hecho las elecciones españolas, sus resultados numéricos y la composición del futuro Congreso, reconociendo la imparcialidad del gobierno tan sin reservas como los siguientes párrafos, que literalmente traducimos, demuestran:

«El Sr. Silvela, con la sanción del Sr. Cánovas, que jamás ha mostrado mejor que ahora lo digno que es de que se le llame hombre de Estado, ha presidido las elecciones generales con tanta imparcialidad, por lo menos, como permiten las costumbres políticas de España. Y bien lo prueba que el número de votos dados á los diversos grupos de la oposición (liberales y republicanos de todos colores) iguala el número de votos ministeriales, si no lo sobrepaja.

«Las oposiciones tendrán en las Cortes más ancho espacio que en todas las anteriores asambleas de la monarquía. En otros tiempos creíase hacer bastante por los adversarios del

gobierno echándoles, como un hueso que roer, 60, 70 á 80 puestos. En las últimas Cortes, los conservadores, los republicanos y los disidentes eran, en total, 120 ó 130. En la nueva Cámara los antiministeriales de todos colores no serán menos de 156.»

En medio de las discusiones que con el apasionamiento natural de partes directamente interesadas provocarán seguramente en la prensa española las recientes elecciones, hechas bajo el poder conservador, como primer ensayo del sufragio universal que le dejó en herencia el gobierno liberal, hános parecido sobrado interesante hacernos eco de esa manera de apreciarlas uno de los órganos más serios y acreditados del partido republicano de la democrática Francia.

\*\*

El Carnaval de París ha sido, como siempre, un Carnaval sin máscaras.

Por lo menos sin máscaras en la calle, donde apenas si se han visto algunos marmitones con la cara tiznada, algunos tagarotes desastrosamente disfrazados, algún que otro carro reclamo y unas cuantas *ninfas* de las últimas capas sociales que aprovechaban la circunstancia del *martes gordo* para enseñar, merced á un disfraz alquilado, un poco más de pierna de la que naturalmente enseñan los días de barro, en los cuales se limitan *pudorosamente* á no mostrar más arriba de la rodilla.

En los bailes públicos, desde la Opera al *Moulin-Rouge*, y desde el Casino de París á *la corte-cabezas* de los arrabales, claro es que aprovechan estas épocas carnavalescas las horizontales y *degraffées* de más ó menos fuste para descotarse, por arriba y por abajo, lo más posible y ofrecer á la voracidad de los *verdes ancianos* la mayor cantidad posible de sus encantos.

Está visto que el Carnaval ha muerto en París; y no habiéndose llevado á cabo el intento de su resurrección con la cabalgata del *buey gordo*, en la cual se pensó durante muchos días, es verdaderamente inexplicable el afán de los buenos *bourgeois* parisienses por estrujarse en los grandes boulevares domingo y martes para no ver más caretas que las que la pródiga naturaleza puso á algunos por cara, ni más disfraces que los que inconscientemente se echan encima las *cursts* (plaga de todos los países), creyendo de buena fe haberse confeccionado en el santuario del hogar una *toilette epatant de chic*.

\*\*

Por esta época comienza la temporada de bailes, fiestas y recepciones oficiales y particulares.

Entre las primeras han sido las más importantes de la semana el primer baile dado por el presidente de la República en el palacio del Eliseo y el de la municipalidad de París en el Hotel de Ville.

Bastante mejor ordenado en todos sus detalles, el primero de ellos ha sido brillante.

Claro está que entre los 5000 invitados de Mr. Carnot, y teniendo que dominar el elemento oficial, alto y mediano, entre la asistencia, ésta tenía que ser muy variada, y hay que confesar que muchísimas honradas señoras y madres de oficiales de negociado y *chefs de bureau* no son de lo más decorativo ni pueden brillar, dentro de sus modestos medios de fortuna, por la elegancia y el lujo de sus *toilettes*.

Pero este es defecto de todas las recepciones oficiales en todas partes.

En cambio la parte florida de ese mismo elemento oficial, las notabilidades de las colonias extranjeras y el cuerpo diplomático forman, en el variado conjunto de estos bailes del Eliseo, puntos brillantes que borran la impresión de los otros puntos negros señalados.

Los salones son bonitos, la *serre* es preciosa, el *buffet* bien servido y *accessible* para los aficionados á no volverse á casa sin haber cenado confortablemente en la de Mr. Carnot.

Y todo el mundo hace justicia al actual presidente, señalando la gran diferencia en buena organización y distinción de estas fiestas sobre las que se daban en el Eliseo hace pocos años todavía... cuando se daban.

\*\*

El baile del Hotel de Ville ofrece al observador otro aspecto diferente, por varios conceptos.

Los salones son verdaderamente magníficos, y Mr. Alphand, gran organizador de fiestas maravillosas, teniendo á su disposición las riquezas del *garde-meuble* nacional y las estufas de la villa de París, donde se ha conseguido aclimatar toda la flora exótica, sabe convertir el Hotel de Ville en verdadero palacio de hadas.

La luz eléctrica y el gas derrochados y bien combinados dan á la hermosa é inmensa sala de fiestas y á todos los demás salones aspecto deslumbrador; y en realidad, á media noche, cuando los 10000 invitados del Hotel de Ville, necesariamente apiñados—que no hay salones, por grandes que sean, bastantes á contener desahogadamente tal masa humana,—se mueven, paseándose ó bailando á los acor-

des de tres distintas orquestas, vale la pena de buscar dos ó tres buenos puntos de vista y abarcar en conjunto aquel espectáculo riquísimo de color, luz y animación.

La escalera de honor, verdaderamente régica, con sus dos filas de guardias republicanos de gala é inmóviles como estátuas, presentaba también, especialmente á la llegada de *monsieur* y *madame Carnot*, recibidos en lo alto de ella por los ministros y la municipalidad, un precioso golpe de vista.

En este baile sí que lo mezclado de la asistencia y la variedad de tipos y tocados se prestaría á una descripción un tanto burlesca si no nos parásemos á reflexionar que aquella pareja, por ejemplo, él con un frac contemporáneo de la segunda república, una pechera como un acordeon y un *clac* verdaderamente épico; ella con un vestido verde y unas plumas rojas en el pelo que desesperarían de envidia al más pintado papagayo, son probablemente dos buenos artesanos, ó un modestísimo empleado y su mujer que pasan la noche más feliz de su vida asistiendo á una gran fiesta y dándose un *verde de distincion* y aires de grandes señores en el suntuoso domicilio de la corporación más democrática de su país.

Lo cual demuestra, después de todo, gran cultura en este pueblo, aunque el *buffet* ni á bayoneta calada podrían defenderlo del asalto que durante seis horas recibe los guardias que tienen por misión la, imposible de cumplir, de que los invitados de la municipalidad refresquen con orden.

Hombre hay que se pasa dos y tres horas sofocándose y sudando como un desesperado en fuerza de empujones y codazos para refrescar con un heladito ó una naranjada, ó un *boch* de cerveza, que para todos los gustos tiene el *buffet* municipal.

\*\*

Entre los bailes y fiestas particulares mientras llegan las grandes recepciones de la *saison*, y aun llegadas aquellas, suelen ser preferentemente agradables los que pudiéramos llamar *improvisados* por el carácter especial de intimidad y expansión que constituye su verdadero encanto.

Todos los domingos reñen los señores de Calzado en su hotelito de la avenida del Bosque de Bolonia, dos ó tres docenas de buenos amigos, personas distinguidas de la colonia española y americana en su mayor parte, y es lo más frecuente, que sin que aquellas agradables reuniones pierdan su carácter de intimidad, mientras las personas formales conversan tranquilamente, la gente joven se divierte bailando.

El domingo de Carnaval parece que este elemento joven se había dado el santo y seña secretamente, de acudir con disfraces á la habitual reunión dominical de los señores de Calzado, y esta consigna fielmente cumplida, dió el agradable resultado de convertir la *soirée* en verdadero baile de trajes.

Entre los más bonitos recordamos los que lucían las señoritas de Althaus, de napolitanas; Rosario Calzado y Leonie Natanson, de estilo Imperio; Marta de la Piedra, de *Mascota*; Consuelo Calzado, de aldeana; Cecilia Letamendi, de *pierrette fin de siècle*; Isabel Brocheton, de pescadora; Almita Calzado, de *chaperon rouge*; señoritas de Piñero, de fantasía; de Mercadé, de española; y otras mil, todas á cual más bonitas y con trajes preciosos.

Los jóvenes que no fueron con disfraces caprichosos, vistieron el elegante frac de color.

Después de una cena que no sabemos si sería también improvisada, pero que fué espléndida, y de un bonito cofillón dirigido por la señorita de Letamendi y Alvaro Calzado, se separaban los amigos de la señora de Calzado, á las cuatro de la madrugada, guardando tan buen recuerdo de la agradable noche pasada, como le guardan siempre de la amabilidad de la dueña de la casa.

\*\*

De seguro muchos de nuestros lectores no han olvidado aun á la célebre doña Baldoñera.

Los que por ella fueron burlados, y á los que de seguro les caerá bien el proverbio que dice: «mal de muchos, consuelo de tontos», se consolarán al saber que el sistema de doña Baldoñera ha sido traducido al francés.

Un tal Macé, Victor Bernean de su verdadero nombre, había establecido hace cerca de cinco años (!) una casa de Banca en la cual ofrecía á los que le confiaron sus capitales, 10 por 100 de interés mensual, ó sea la friolera de 120 por 100 al año. Además sus clientes tenían la facultad de retirar sus capitales cuando se considerasen satisfechos con el beneficio obtenido.

Como no faltan nunca incantos, al cebo de los anuncios que de su casa hacía el *monsieur* Macé, empezaron á lloverle miles de francos en sus cajas.

El número de sus clientes había llegado últimamente á 16.000 personas en provincias y á 17.000 en París.

Y lo más curioso de la historia es que se la había arreglado de tal manera en estos últimos tiempos que la mayoría de la clientela pertenecía al clero, llegando á 6.000 los clientes que

en la respetable clase se había parado Macé, á los cuales hay que añadir un gran número de respetables magistrados.

Macé se hacía pasar por hombre tan religioso, que hasta se aseguró que hace quince días pidió y obtuvo, por mediación de un canónigo (uno de sus víctimas) la bendición del Papa: á la que acompañaba un retrato del soberano Pontífice, que tuvo muy buen cuidado de colocar en parte visible de su despacho, para inspirar todavía más confianza á su clientela.

Se asegura que en estos últimos tiempos, el dinero que mensualmente recibía en imposiciones el tal Macé, subía á la enorme suma de un millón de francos.

Vivia, por lo menos en apariencia, muy modestamente y sus oficinas estaban instaladas sin lujo.

Millares de sus clientes habían ya duplicado, triplicado y aun quintuplicado el capital que entregaron á Macé, y naturalmente incitados por este resultado, volvían á traerle el beneficio obtenido.

El sábado, Macé no pareció por sus oficinas.

Los empleados, aunque sorprendidos de su ausencia, no se alarmaron. Pero el lunes, como el domingo, Macé signió eclipsado y como empezaban á llover reclamaciones de personas que venían á cobrar y á quienes no se podía pagar porque sólo Macé tenía las llaves de la caja, antes de atreverse á avisar á la policía, los empleados cerraron la oficina, poniendo á la puerta un letrero que decía:

CERRADO POR SER CARNAVAL.

El lunes recibía el comisario de policía del barrio una larga epístola de Macé, diciéndole que no pudiendo pagar se suicidaba.

El pasivo que, según se dice, deja este *Baldomero* arreglado al francés, es nada menos que de veinte millones de francos.

¡Para broma de Carnaval, nos parece más que pesada!

RICARDO BLASCO.

Paris, 12 febrero 1891.

### CARTA SEMANAL DE LONDRES

La fama del baron de Illescas de iz inolvidable comedia de Moratin, corre gran riesgo de ser eclipsada por la que promete alcanzar el noble baron Gordon Cumming, teniente coronel de la Guardia escocesa y poseedor de la pingüe renta de cinco mil duros.

¿Qué habrá hecho ese teniente coronel? se preguntarán mis lectores, y como lo que parece más verosímil tratándose de un militar que ha faltado á su deber, es suponerle autor de un alzamiento militar, debo apresurarme á declarar que mi buen baron es reo de un delito civil que se conoce en el juego con el gráfico nombre de... ¡levantar muertos! ¡Shocking! Pues ahí verá usted, ni más ni menos. Es como si dijéramos un inglés *griego*, pues le acusan nada menos que de jugar con ventaja.

Y lo peor del caso es que el hecho ha tenido lugar no en un garito, ni aun siquiera en un club, sino en una mansion aristocrática que posee en Doncaster Mr. Arturo Wilson, y donde había reunido éste, para pasar la semana de las carreras, á media docena de aristócratas, entre cuyo número se contaba S. A. el príncipe de Gales.

El baron era también de la partida, siendo uno de los invitados.

No nos metamos en dibujos de si el juego pudo haber sido el *flemático whist*, como quisieran algunos ó el retazon *baccarat*, como pensaron los huéspedes de *«Tranby Croft»* que así se llama la magnífica residencia donde tuvo lugar la desagradable aventura.

Se jugó por la noche al *baccarat* y el baron despertó sospechas porque algunos de la partida, creían haberle visto efectuar el *«push»* y por lo tanto formaron aquella noche un *complot* para observarle á la noche siguiente, componiéndose el tribunal secreto de cinco personas, dos señoras y tres *gentlemen*. De las dos primeras, una era naturalmente, la dueña de la casa. Uno de los tres *gentlemen* era un oficial del regimiento del baron.

El resultado de la investigación la noche siguiente fué que el baron no jugaba limpio, por lo cual se decidió por *unanimidad* nombrar dos personas, una civil y otra militar de alta graduación ambas, recayendo la elección en el general Owen William y lord Cavenry.

Ambos fueron á hablar al baron y éste rechazó con santa indignación el cargo, aun cuando en lenguaje corriente, como era de rigor delante del príncipe de Gales, á quien naturalmente hubo que someter la cuestión.

Tras larga discusión y á pesar de haber insistido el baron en rechazar la acusación, se acordó que este firmase un documento comprometiéndose el baron á no volver á jugar á las cartas, y los acusadores de este en cambio, bajo palabra de honor, á no hablar más del asunto.

Como trascurrieron unos cuantos

(\*) Del libro próximo á publicarse con un prólogo de D. Manuel M. José de Gald, titulase *Páginas de la Historia de Madrid*.

meses desde setiembre hasta ahora, sin que el decreto trascendiese al público, todos creyeron que la cuestión había terminado, dado que no cabía suponer que los juramentados faltasen á la palabra de honor empeñada.

Pero en cuanto el baron se ha convencido de que el secreto era el secreto á voces, no ha podido contener su despecho y ha entablado demanda de difamación contra las cinco personas del tribunal secreto inquisitorial.

Los demandados cuentan con el primer solicitador y primer abogado de Londres, Lewis y sir Charles Russell.

Por su parte la oficialidad del regimiento no ha podido cruzarse de brazos porque prescribe la ordenanza que cuando recaiga la menor acusación contra el honor de un oficial, tiene que declararlo á sus jefes, cosa que el baron no hizo á su debido tiempo. Por este motivo los cinco oficiales que se reunieron en Windsor para tratar del asunto, han decidido que el baron pida su retiro, lo cual había él ofrecido espontáneamente obligándose á entablar y seguir hasta su terminación la querrela para vindicar su honor.

Se trabaja activamente para evitar á todo trance el escándalo del proceso ante el jurado, porque tendría que intervenir en el juicio el príncipe de Gales; pero la opinión está tan convencida de que no se conseguirá que la pregunta que corre de boca en boca es la siguiente:

¿Cuándo vá á declarar el príncipe de Gales?

Y pensar que todo lo hecho por el señor baron no tiene más objeto que el hacerse dueño de un puñado de oro y plata, que después de todo, son los metales preciosos de menor valor! ¿Se rue usted, mi querido director, de mi aserto y supone usted que acabo de decir una falsedad?

Pues está usted en un error, porque sólo que me digo, aun cuando si he de decirle á usted la verdad, acabo de saberlo gracias á un amigo mío, químico distinguido que me decía días atrás con la mayor formalidad del mundo:

—Créame usted, el oro y la plata no son los más caros de los metales preciosos, y si quiere usted convencerse no tiene más que prestarme atención por espacio de dos minutos.

Vea usted, vea usted—me dijo—lea usted ese estado de cuya verdad, verdad científica, le respondo. Y como argumento irrefutable me escribió las siguientes líneas:

PRECIO DE LOS METALES	Precio del kilóg
Venadio .....	123.000 ptas
Subidio .....	99.890
Zirconio .....	79.000
Litio .....	17.070
Oro .....	3.640
Plata .....	219

Y yo que creía que el oro y la plata valían algo!

Pero está visto, ya nadie es nada, ni vale nada, á excepción del Czar de todas las Rusias que además de extensos territorios, tiene como el famoso Barba Azul un cañon ¡pero qué cañon! es el mayor que ha salido de los talleres de Krupp hasta el día.

Esta obra maestra del ingenio humano es de acero, de calibre de 40 centímetros y de 12 metros de largo. Pesa 235 toneladas. Los proyectiles que se han usado para probar su fuerza de impulsión han atravesado planchas de 60 centímetros de espesor á una distancia de 1.200 metros. Cada cañonazo costará 1.500 duros, casi tanto como subió el bombardeo de Strasburgo en 1870, que consumió en treinta y ocho días 193.000 obuses que representan nueve millones de kilogramos de hierro colado, con lo que hay para cargar 900 wagoes. Como en el bombardeo murieron 2.500 personas, calculando por término medio, el coste de la carga, pólvora y proyectiles en ocho millones de pesetas, resulta á unas 3.000 pesetas y 1.000 kilogramos de metal el precio de cada muerto.

Y pensar que aun hemos de ver repetirse más pronto ó más tarde, parecido espectáculo!

¿Cuánto mejor empleado no estaría ese dinero en obras de utilidad pública, como el túnel de San Gotardo á través de los Alpes, que tiene nueve millas de largo y costó cincuenta millones de pesetas el que hay bajo el río Hudson que tendrá 3.000 piés y de que hay ya 2.260; el acueducto del dique de Croton, en Nueva-York, de 40 kilómetros; el túnel bajo el Támesis, empezado en 1807 y terminado en 1843, de 1.200 piés de longitud; el construido bajo el río Santa Clara, que une el Canadá con los Estados Unidos en un tubo de hierro colado de 6.000 piés de longitud y 21 de diámetro y por último el del Mont Cenis, que empezó en 1857, se acabó en 1871 y costó setenta y cinco millones?

Pero es pintar como querer y el mundo ha ido y seguirá yendo por el camino que hasta aquí, para desgracia de la humanidad.

El francés está de moda en Londres y se ha formado una liga entre las damas más aristocráticas del Reino Unido proscribiendo el inglés de sus salones, reemplazándolo por el francés.

Para que nadie se llame á engaño las tarjetas de convite se encabezan con una línea que dice así:

SOIRÉES FRANCESAS.

La última de este género, que ha sido brillantísima, la dió lady Brierly, la mujer del célebre pintor inglés.

La elevación extraordinaria de los derechos de puertas en París, ha resultado una verdadera ganga para Londres, que no se podía proporcionar una perdiz ni un faisán por un ojo de la cara, y ahora puede comerlos á todo pasto, tal es la abundancia de la caza que no puede enviarse á París y se consume aquí á mitad de precio. Por desgracia durará poco la baratura, pues en París bajarán los derechos y volveremos á quedarnos sin faisanes y perdices.

Ya logró el general Booth sus diez millones de reales para empezar á desarrollar su plan, á pesar de que ha quedado un tanto maltrecho su prestigio con algunas inexactitudes que ha lanzado al público y le han sido rectificadas por el lord mayor. La más importante fué la de asegurar Both que durante estos días pasados de frío sus oficiales habían recogido un número extraordinario de gentes de debajo de los puentes, lo cual no ha resultado cierto.

En la polémica se ha dado á conocer un hecho bastante original, á saber: que en las noches de mayor frío, en la mayor parte de los refugios del Estado han sobrado camas más aún que de ordinario. Generalmente en los asilos donde pueden albergarse para dormir 400 pobres, nunca exceden de 350 los que se presentan á pedir asilo por la noche. Pues bien, durante los pasados frios del mes último rara vez ha excedido del número de 300 el de los que han ido á pedir asilo.

Verdad es que hay gran repugnancia á esa clase de establecimientos, á pesar de que se atiende con esmero á los indigentes. Lo primero que se les exige es que se desnuden y tomen un baño de agua, templada por supuesto, y después se les da una camisa y cama con una buena manta.

Eso sí, tienen que trabajar todo el día siguiente para pagar el favor recibido, y hay muchos pobres que se resisten á esto. La vida errante del mendigo, que aquí es sumamente expuesta porque el mendigar es un delito penado por la ley en varios días ó meses de cárcel, no impide que haya quien mendigue.

Días pasados ha muerto un mendigo, en cuyos bolsillos se han encontrado dos recibos de un depósito en un Banco de 320 y 56 libras, y además cinco libras en oro, alguna plata y unas cuantas piezas de cobre.

Ya empiezan á tocarse los resultados de la sensiblería de dejar á los perros libres del bozal, sustituyendo éste con el collar en que consten las señas y el nombre del propietario.

Todos los días vienen quejas en los periódicos de disgustos ocurridos por mordeduras de perros, rabiosos ó no, que eso no ha de saberse hasta los cuarenta días.

En una de las demandas entabladas para reclamar daños y perjuicios el tribunal ha sido severo y ha impuesto, además de las costas, el pago de 100 libras, como resarcimiento de daños y perjuicios á un infeliz lavandero, á quien le mordieron cinco perros al llevar á una casa la ropa. El dueño niega haber azuzado á los perros, pero confesó que estaba en casa cuando vino el lavandero, y como no evitó el daño, el tribunal le ha condenado.

Creo que al fin y al cabo van á conseguir las mujeres salirse con la suya y tener sus universidades y grados sin necesidad de que el Estado gaste un maravedí.

Un millonario inglés que acaba de morir, y que era gran partidario de los derechos del hombre y la mujer, ha dejado en su testamento la suma necesaria para construir una Universidad, destinada exclusivamente para mujeres y donde se den á éstas clases de medicina, física, química y biología.

Ayer se cerró la suscripción abierta á favor del niño héroe y sus dos hermanos huérfanos de padre y madre por haber perecido estos, con su niño de pecho al derrumbarse la montaña que sepultó la casa en que vivían.

Ha ascendido lo recaudado á 700 libras, que era lo presupuestado para dar educación á los huérfanos.

El mayor y la niña irán á un colegio de Londres.

El niño menor se quedará al cuidado de unos amigos de sus padres que viven en Folkstone.

En la suscripción no se admitían ddivas que excedieran de un chelín

cuando eran de gente necesitada; pero en cambio se han recibido muchas de una libra, y algunas de dos y tres, y hasta de ciento.

Aquí ya se sabe, las suscripciones se cubren siempre y en poco tiempo.

Al paso que vamos, los ingleses, en su afán de abreviarlo todo, acabarán por inventar el medio de responder á las cartas antes de que se escriban. No es bastante haber inventado un lenguaje para las flores, sino que se ha convenido en otro para los lacres que simplifica extraordinariamente la correspondencia.

Se presenta á usted el criado con una carta en la mano y ya no necesita usted más que ver el color del lacre para saber de qué se trata. ¿Es blanco? Boda.—¿Es negro? Entierro.—¿Es violeta? Pésame.—¿Es ocre? Comida ó lunch.—¿Es encarnado? Negocios.—¿Es color rubí? Amor.—¿Es verde esperanza? Constancia.—¿Es azul? Disgustos.—Amarillo, celos; rosa entre jóvenes y gris entre amigos... No se puede pedir más.

El empresario de Covent Garden, Sr. Hawis, ha logrado desterrar la preocupación que contra los bailes de trajes había en este país.

La mayor parte de las ladies inglesas, cuando oían hablar de la manera con que se celebran en París y Roma los primeros días de Carnaval, y se tapaban la cara con el abanico, y alarmando su pudor, exclamaban ruborizadas: «¡Shocking!»

Pero ahora ya es otra cosa: el primer baile de trajes ha tenido lugar y... ¡vamos! que no es tan fiero el león como lo pinta la gente.

El empresario tuvo la buena idea de no imponer como condicion el destierro del traje de sociedad: frac y corbata blanca, y la verdad es que el aspecto del baile es más original y mayor el contraste. Al lado de Enrique VIII se veía un gentleman de la City, negro como un cuervo, con la corbata blanca. Más allá á Elena y Menelao codeándose con Juana de Arco, y á Luis XIV dando el brazo á Mad. de Pompadour.

La animación fué extraordinaria y el baile duró hasta la madrugada, y tan arregostado parece haber quedado el público, que ya se anuncia se piensan dar otros cuatro bailes; y si le toman el gusto los ingleses, ya tenemos bailes de trajes para rato, porque todo es el primer paso; y la verdad es que un baile de trajes puede ser cosa agradable.

B. DE OYA.

Londres, 8 de febrero de 1891.

MOSÁICO MADRILEÑO

Más elecciones.—Certámenes poéticos.—La vida literaria en España.

Detrás de las elecciones de diputados, las de senadores, que se verifican hoy, así como detrás de estas vendrán las de concejales. En las del momento no se consumen tantos platos de riñones, ni tantas raciones de salmon, ni se fuman tantos vegueros; pero, como nos vamos convirtiendo en unos verdaderos liberales á la inglesa, solo se escuchan por esos mundos de Dios conceptos que desde luego creo destituidos de todo fundamento, pues no me parece posible que haya quien convierta el voto en materia mercantil, sujeta á las oscilaciones que la pueda imprimir la ley de la oferta y la demanda. Si se diera el triste espectáculo de cotizar el voto, que es como llevar la conciencia al mercado; con qué derecho se trataría de buscar responsabilidades en el orden moral ó en la esfera legal al funcionario prevaricador ó irregularizador? Repito que no es creíble nada de cuanto se viene diciendo sobre este particular, y que si bien la elocuencia de un plato de riñones puede convencer á muchos dudosos, si una copa en determinado momento ó un cigarrero de la Compañía Arredataria pueden influir poderosamente y convertir la opinión pública de conservadora en liberal ó de liberal en conservadora, debo decir, en honor del cuerpo electoral, que no le creo capaz de venderse por un puñado de pesetas.

Dentro, sin embargo, del terreno teórico, y en vista de las dificultades, contrariedades, disgustos y malévolas insinuaciones que origina en su planteamiento la ley del sufragio universal, tal vez no sería inoportuno ir pensando en echar algunos remiendos á la citada ley, que como improvisación no fué del todo mala; pero que carece de condiciones para su arraigo y perpetuidad, según manifiestan los que entienden de estas cosas políticas.

Y como me solicitan asuntos literarios del momento, basta y sobra del tema político de actualidad, y salgo de él, después de haberlo tocado como si fuera un ascua de lumbre, deseando á los compromisarios el mayor acierto y que no haya necesidad de mucha ar-

nica, para las posibles contingencias de la lucha electoral.

Gran agitación en los círculos literarios, con motivo de los anunciados certámenes literarios consagrados á la buena memoria de Colon. La real Academia Española ha anunciado que concederá premios de cinco y tres mil pesetas, y hasta se ha echado á volar otro proyecto, en que se ofrece á los poetas veinticinco mil duros, sumas fabulosas todas ellas y que solo conocen como cantidades imaginarias los ciudadanos de la república de las letras.

Los poetas abonados á violetas de oro, lirras de plata y escribanías de metal blanco, están de enhorabuena y es seguro que á estas horas se habrán desempolvado muchos plectros, y que solo se escucharán en las guardillas literarias, aquello de:

Acude, inspiracion,

ó lo de

¿enga mi lira!

que suelen ser el obligado comienzo de esta clase de poesías.

Conozco á algun escritor que ha tomado sobre sus hombros el impropio empeño de optar á todos los premios ofrecidos en todos los carteles literarios. Nada de iniciativas, nada de propia inspiración ni de elección de asuntos ó metros. ¿Piden en Sevilla una oda á la Giraldá? ¿Piden en la Habana unas octavas al castillo del Morro? ¿Piden en Almería un poema á Colon, en Cádiz un romance á la velada de los Angeles, en Valencia un soneto al Miguelete ó en Barcelona una plegaria á la Virgen de Montserrat? Pues nuestro poeta escribe el mismo día, y acaso á la misma hora, poemas y plegarias, romances y octavas, ya sean para la region gallega, ya para los antiguos reinos de Andalucía ó Valencia, para Cataluña ó Aragon. Y si hemos de creer á los jurados de los certámenes, nuestro poeta debe ser el número uno entre los vates españoles, pues siempre alcanza los primeros premios y su casa está llena de diplomas en que se le declara genio, y las alhajas se guardan bajo llave, aunque de forma que puedan verse á través de unos cristales.

Pero si, fuera del círculo de los jurados, se pregunta á cualquiera, por muy cercano que viva al Parnaso, quién es el poeta X, que tantas veces ha sido proclamado triunfador, es seguro que no podrá contestar. El poeta llega á la celebridad en Valencia ó en Sevilla, en Zaragoza ó en la Coruña; pero de su obra no suele saberse nada: la oyeron leer algunos invitados al reparto de premios; se aplaudió por cortesía; hizo llorar tal vez á alguna señorita sentimental; pero al público, al verdadero público, no llegaron sus conceptos.

Pero ¿qué importa eso á nuestro poeta, perpetuamente premiado y perpetuamente desconocido? ¿No se anuncian otros certámenes?

El tintero está rebosando; la pluma es nueva; centenares de cuartillas aguardan su inspiración, y así como así, en tanto que se cala la sopa ó se cuecen los fideos, hay tiempo para escribir una oda á «La irrupción de los bárbaros», ó unos ovillos «A una flamenco», unas octavas á «La invención del teléfono», ó una elegía «A los mártires de la libertad del pensamiento».

Y que hoy no se trata de conquistar una citara de plata sobredorada ó una ramita de laurel de talco con bellotas de plata Christoffe; hoy se trata de miles de pesetas, y aunque ya dijo Cervantes que estos primeros premios suelen estar dados de antemano á la calidad de la persona ó al influjo con que se presenten, todavía podrá alcanzarse alguna mención honorífica de la Real Academia, para colgarla junto al diploma de honor de la sociedad de Vitigudino, ó haciendo pendón con la englantina de los juegos florales de San Martín de Valdeiglesias.

Y la verdad es que semejantes certámenes, en que se pueden ganar algunas pesetas, son de grandísimo efecto en este país en que tantos escritores necesitan de la limosna para vivir. No parece sino que la profesión lleva aparejado ejercicio ya que no voto de pobreza, y así lo demuestra la Asociación de Escritores y Artistas con sus benéficos estatutos, la testamentaria del ilustre Aguirre con sus agnaldos piadosos y la del también llorado Urquijo con sus generosos donativos. Sin descender á los pobres escritores que frecuentemente mueren en el hospital, entre los que llamaré de la clase media, ¡qué de dificultades!, ¡qué de contratiempos!, ¡qué de penosos esfuerzos para convertir en cuota del casero y pago de alimentos los frutos de la inteligencia! De la persecución de la idea pasan á la persecución de los medios de realizarla, y de ésta á la persecución del editor.

En esta lucha constante, en esta labor sin tregua ni reposo, se gasta y envejece. Como nunca ganó más que lo preciso, si acaso, no pudo ahorrar; como vivió en el mundo de lo ideal, no

pudo acudir á la Bolsa á especular con sus ganancias, ni pudo consagrarlas á la compra y venta de géneros, ni creyó deber dedicarse al préstamo y á la usura, que suelen ser los factores de tantas fortunas en nuestro país.

Aquí no solemos examinar el misterio de muchos encumbramientos sociales y conceptuamos como la cosa más natural del mundo que algunos individuos pasen de un humilde sueldo á tener coche; pero si vemos á un escritor anciano y pobre, todas las censuras son pocas para afeár su conducta.

—¿Si es un perdido!

—¿Si ha malgastado todo cuanto ganó!

—¿Y cuidado si ganó!..

—Una sola de sus obras ha debido producir miles de duros.

Y la obra en cuestión fué vendida acaso á un especulador para no verse arrojado á la calle por el casero, ó para pagar al maestro ó al médico de sus hijos, ó al implacable tendero de la esquina, que no consentía en darle más.

Si al repartirse el socorro Aguirre ó el socorro Urquijo fuera licito traducir las iniciales de los favorecidos, ¡cuántos dramas ocultos saldrían á luz! ¡Cuántas miserias serenas y dignas! ¡Cuántas ingratitudes entre los poderosos hacia los que murieron al hacerlos subir!

Tranquilícense algunas conciencias políticas, que será reservado. —El ministro no recibe—decía en una ocasión un galoneado portero á la viuda y á la huérfana de un periodista ilustre, á quien aquél debía en gran parte su elevación.

—¿Que no recibe?...—dijo la pobre mártir, inspirada acaso por sus amargos recuerdos.—Lo que hace es no dar.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LIBROS NUEVOS

Legislación electoral vigente para diputados provinciales y concejales.—Comprende el real decreto de adaptación de la ley electoral vigente á las elecciones de diputados provinciales y concejales con las reales órdenes, circulares, sentencias y resoluciones aclaratorias, concordancias con las leyes provincial y municipal y apéndices relativos á la division de las provincias en distritos para la elección de los diputados provinciales.

Con las iniciales S. O. A. se acaba de publicar un libro interesante relativo á la organización y reclutamiento del personal de administración militar en España, recogiendo, al parecer, aspiraciones muy generales en dicho instituto.

En este libro, que, dicho sea de paso, no se vende, se tratan dichos problemas con toda detención y profundidad de estudio.

Jurisprudencia civil española compilada por la Revista de los Tribunales.—Se ha publicado el tomo XIV, con todas las sentencias y autos del Tribunal Supremo publicados en la Gaceta desde 1.º de enero del 89 á fin de diciembre del 89.

Código de justicia militar de 1890.—Es un interesante y utilísimo libro que acaba de publicar D. Ramon Sanchez de Ocaña, anotándolo y concordándolo con la legislación militar anterior, el Código penal común, la ley de Enjuiciamiento civil, el Código penal de la armada, el Código civil y todas las disposiciones dictadas para su mejor inteligencia, y precediéndolo de una notable introducción crítica ó estudio de los tres tratados en que el Código se divide.

Por la redacción de la Revista de Derecho Internacional se ha publicado un libro de suma utilidad, que contiene en un volumen, elegantemente encuadernado en tela y de más de mil páginas en 8.º: 1.º el Código civil anotado con millares de referencias á las leyes procesales, á los demás códigos españoles y á las leyes especiales que continúan vigentes; 2.º diez y seis apéndices con las reglas de procedimiento que deben seguirse para la aplicación de las nuevas instituciones de Derecho consignadas en el Código, y el texto anotado de las leyes especiales de aplicación más frecuente; 3.º un minucioso índice alfabético del Código y de las reglas y leyes complementarias.

Os Lusitadas, Luis de Camoes, París, 1890. Guillard Aillaud et C.º, libreros editores. Acaba de ponerse á la venta el 4.º y 5.º canto de la nueva edición del poema Os Lusitadas de Luis de Camoes.

Consideráramos inútil señalar á nuestros lectores el mérito de esta obra, si no hiciésemos al mismo tiempo constar que esta nueva edición reúne condiciones excepcionales, tanto por su hermosura cuanto por el erudito cuidado que presidió en todo lo que se relaciona con el texto y las ilustraciones, méritos nunca alcanzados por ninguna de las ediciones que de este poema se han hecho hasta el presente.

Os Lusitadas es la obra más preciosa de la literatura lusitana, y la nueva edición formará un volumen en 4.º francés, de 329 páginas de texto y 44 de explicaciones; ilustrado con 20 hellograbados en color, tomados de los cuadros de Alfredo Bramtot; 40 dibujos en color, debidos á la pluma de Paulin Bord, mas nueve dibujos y viñetas en hellograbados, sacados de las sépsis de este último artista, y una portada con el retrato de Camoes.

Se ha publicado una nueva edición (corregida y considerablemente aumentada), de la Matemática, por nuestro compañero en la prensa D. Alfonso Ordás. En este estudio, se distingue perfectamente el dominio matemático, de el de las demás ciencias, se divide la matemática en elemental (formación de los números), especial (figuraciones de los números y las figuras) y general (funciones de los números y las figuras); se aplica á las subdivisiones, el método de los botánicos, la bipartición sucesiva (partir siempre matemática, sea tal análisis, sino síntesis: una operación que, como en las investigaciones experimentales, va de la causa á otras. El Sr. Ordás añade, que la matemática, aunque casi absolutamente deductiva en otro dominio científico, sino con gran precaución.